

IV. ORACIÓN Y DESEO

«Hay quienes se burlarán de mí y me dirán que me dedique a mi oficio de zapatero y que no moleste mi mente con filosofía y teología. Pero la verdad de Dios ardía tanto en mis huesos, que tomé mi pluma en la mano y comencé a escribir lo que había visto.» — JACOB BOEHME.

EL DESEO no es meramente una simple aspiración; es un anhelo profundamente arraigado; un intenso anhelo de alcanzar algo. En el ámbito de los asuntos espirituales, es un complemento importante de la oración. Tan importante es, que casi se podría decir que el deseo es un elemento absolutamente esencial de la oración. El deseo precede a la oración, la acompaña y es seguido por ella. El deseo va delante de la oración y es creado e intensificado por ella. La oración es la expresión oral del deseo. Si la oración es pedir algo a Dios, entonces la oración debe ser expresada. La oración sale a la luz pública. El deseo es silencioso. La oración se oye; el deseo, no se oye. Cuanto más profundo es el deseo, más fuerte es la oración. Sin deseo, la oración es un murmullo de palabras sin significado. Tal oración formal y superficial, sin corazón, sin sentimiento, sin deseo real que la acompañe, debe ser evitada como una pestilencia. Su práctica es una pérdida de tiempo precioso, y de ella no se obtiene ninguna bendición real.

Y sin embargo, aun si se descubre que el deseo está honestamente ausente, debemos orar de todos modos. Debemos orar. El «deber» interviene para que tanto el deseo como la expresión sean cultivados. La Palabra de Dios lo ordena. Nuestro juicio nos dice que debemos orar — orar sintámoslo o no — y no permitir que nuestros sentimientos determinen nuestros hábitos de oración. En tales circunstancias, debemos orar pidiendo el deseo de orar; porque tal deseo es dado por Dios y nacido del cielo. Debemos orar por el deseo; entonces, cuando el deseo nos sea dado, debemos orar según sus dictados. La falta de deseo espiritual debería entristecernos y llevarnos a lamentar su ausencia, a buscar con diligencia que nos sea concedido, para que nuestra oración, de ahora en adelante, sea una expresión de «el sincero deseo del alma».

Un sentido de necesidad crea, o debería crear, un deseo ferviente. Cuanto más fuerte es el sentido de necesidad delante de Dios, mayor debería ser el deseo y más ferviente la oración. Los «pobres en espíritu» son eminentemente competentes para orar.

El hambre es un sentido activo de necesidad física. Impulsa la petición de pan. De igual manera, la conciencia interna de la necesidad espiritual crea deseo, y el deseo se manifiesta en oración. El deseo es un anhelo interno por algo que no poseemos, de lo cual tenemos necesidad — algo que Dios ha prometido y que puede ser asegurado mediante una súplica ferviente ante Su trono de la gracia.

El deseo espiritual, llevado a un grado más elevado, es la evidencia del nuevo nacimiento. Nace en el alma renovada:

«Desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis» (1 Pedro 2:2).

La ausencia de este santo deseo en el corazón es una prueba presuntiva, ya sea de una decadencia en el éxtasis espiritual, o de que el nuevo nacimiento nunca ha tenido lugar.

«Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados» (Mateo 5:6).

Estos apetitos dados por el cielo son la prueba de un corazón renovado, la evidencia de una vida espiritual vibrante. Los apetitos físicos son atributos de un cuerpo vivo, no de un cadáver, y los deseos espirituales pertenecen a un alma vivificada para Dios. Y así como el alma renovada tiene hambre y sed de justicia, estos santos deseos internos se manifiestan en una oración ferviente y suplicante.

En la oración, estamos limitados al Nombre, al mérito y al poder intercesor de Jesucristo, nuestro gran Sumo Sacerdote. Al profundizar más allá de las condiciones y fuerzas que acompañan a la oración, llegamos a su base vital, que está asentada en el corazón humano. No es simplemente nuestra necesidad; es el anhelo del corazón por lo que necesitamos y por lo cual nos sentimos impulsados a orar. El deseo es la voluntad en acción; un anhelo fuerte y consciente, excitado

en la naturaleza interna, por algún gran bien. El deseo exalta el objeto de su anhelo y fija la mente en él. Tiene elección, firmeza y llama en sí mismo, y la oración basada en él es explícita y específica. Conoce su necesidad, siente y ve la cosa que la satisfará, y se apresura a obtenerla.

El santo deseo es grandemente ayudado por la contemplación devota. La meditación sobre nuestra necesidad espiritual y sobre la disposición y capacidad de Dios para remediarla, ayuda a que el deseo crezca. La reflexión seria realizada antes de orar aumenta el deseo, lo hace más apremiante y tiende a librarnos de la amenaza de la oración privada: el pensamiento errante. Fallamos mucho más en el deseo que en su expresión externa. Retenemos la forma, mientras la vida interior se desvanece y casi muere.

Bien podría uno preguntarse si la debilidad de nuestros deseos por Dios, por el Espíritu Santo y por toda la plenitud de Cristo, no es la causa de que oremos tan poco y de que languidezcamos en el ejercicio de la oración. ¿Sentimos realmente estos jadeos internos de deseo por los tesoros celestiales? ¿Los gemidos innatos del deseo agitan nuestras almas a poderosas luchas? ¡Ay de nosotros! El fuego arde demasiado bajo. El calor llameante del alma ha sido atemperado a una tibieza insípida. Esto, debe recordarse, fue la causa central de la triste y desesperada condición de los cristianos de Laodicea, de quienes está escrita la terrible condenación de que eran «rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad», y no sabían que eran «un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo» (Apocalipsis 3:17).

Otra vez: bien podríamos preguntar: ¿tenemos ese deseo que nos impulsa a una comunión íntima con Dios, que está lleno de ardores inefables y que nos mantiene allí a través de la agonía de una súplica intensa y conmovedora del alma? Nuestros corazones necesitan ser trabajados en gran medida, no solo para sacar el mal de ellos, sino para introducir el bien en ellos. Y el fundamento e inspiración para la entrada del bien es un deseo fuerte e impulsor. Esta llama santa y ferviente en el alma despierta el interés del cielo, atrae la atención de Dios y pone a disposición de quienes la ejercitan las inagotables riquezas de la gracia divina.

El amortiguamiento de la llama del santo deseo es destructivo para las fuerzas vitales y agresivas de la vida de la iglesia. Dios requiere ser representado por una Iglesia ferviente, o no es representado, en ningún sentido propio, en absoluto. Dios mismo está todo en llamas, y Su Iglesia, si ha de ser como Él, debe también estar al rojo vivo. Los grandes e intereses eternos de la religión nacida del cielo y dada por Dios son las únicas cosas por las cuales Su Iglesia puede permitirse estar en llamas. Sin embargo, el celo santo no necesita ser nervioso para ser consumidor. Nuestro Señor fue la antítesis encarnada de la excitabilidad nerviosa, el opuesto absoluto de la declamación intolerante o clamorosa, sin embargo, el celo de la casa de Dios lo consumió; y el mundo aún siente el resplandor de Su llama feroz y consumidora y responde a ella con una disposición cada vez mayor y una respuesta cada vez más amplia.

La falta de ardor en la oración es la señal segura de una falta de profundidad e intensidad de deseo; y la ausencia de un deseo intenso es una señal segura de la ausencia de Dios en el corazón. Disminuir el fervor es retirarse de Dios. Él puede, y de hecho tolera, muchas cosas en cuanto a la enfermedad y el error en Sus hijos. Puede y perdonará el pecado cuando el penitente ora, pero dos cosas le son intolerables: la insinceridad y la tibieza. La falta de corazón y la falta de calor son dos cosas que Él aborrece, y a los laodicenses les dijo, en términos de inconfundible severidad y condenación:

«¡Ojalá fueses frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca» (Apocalipsis 3:15-16).

Este fue el juicio expresado por Dios sobre la falta de fuego en una de las Siete Iglesias, y es Su acusación contra los cristianos individuales por la fatal falta de celo sagrado. En la oración, el fuego es el poder motriz. Los principios religiosos que no emergen en llama no tienen fuerza ni efecto. La llama es el ala sobre la cual asciende la fe; el fervor es el alma de la oración. Fue la «oración ferviente y eficaz» la que logró mucho. El amor se enciende en una llama, y el ardor es su vida. La llama es el aire que respira la verdadera experiencia cristiana. Se alimenta del fuego; puede resistir cualquier cosa, antes que una llama débil; y

muere, enfriada y hambrienta en su interior, cuando la atmósfera circundante es frígida o tibia.

La verdadera oración debe estar en llamas. La vida y el carácter cristiano necesitan estar completamente en fuego. La falta de calor espiritual crea más infidelidad que la falta de fe. No estar apasionadamente interesado en las cosas del cielo es no estar interesado en ellas en absoluto. Las almas ardientes son las que conquistan en el día de la batalla, de quienes el reino de los cielos padece violencia, y quienes lo arrebatan por la fuerza. La ciudadela de Dios solo es tomada por aquellos que la asaltan con una seriedad terrible, que la sitian con un celo ardiente e inquebrantable.

Nada menos que estar al rojo vivo por Dios puede mantener el resplandor del cielo en nuestros corazones en estos días fríos. Los primeros metodistas no tenían aparatos de calefacción en sus iglesias. Declaraban que la llama en el banco y el fuego en el púlpito debían bastar para mantenerlos calientes. Y nosotros, de esta hora, tenemos necesidad de tener el carbón encendido del altar de Dios y la llama consumidora del cielo ardiendo en nuestros corazones. Esta llama no es vehemencia mental ni energía carnal. Es fuego divino en el alma, intenso, que consume la escoria: la esencia misma del Espíritu de Dios.

Ninguna erudición, ninguna pureza de dicción, ninguna amplitud de perspectiva mental, ninguna flor de elocuencia, ninguna gracia de persona, puede compensar la falta de fuego. La oración asciende por el fuego. La llama le da a la oración acceso y alas, aceptación y energía. No hay incienso sin fuego; no hay oración sin llama.

El deseo ardiente es la base de la oración incesante. No es una inclinación superficial y voluble, sino un anhelo fuerte, un ardor inextinguible que impregna, brilla, quema y fija el corazón. Es la llama de un principio presente y activo que asciende hacia Dios. Es el ardor impulsado por el deseo que se abre camino hasta el Trono de la misericordia y logra su petición. Es la pertinacia del deseo lo que da triunfo al conflicto en una gran lucha de oración. Es la carga de un deseo ponderoso lo que sobria, inquieta y reduce a la quietud al alma que acaba de

emerger de sus poderosas luchas. Es el carácter abarcador del deseo lo que arma la oración con mil súplicas y la reviste de un valor invencible y un poder que todo lo conquista.

La mujer sirofenicia es una lección objetiva de deseo, asentado en su constancia, pero invulnerable en su intensidad y audacia pertinaz. La viuda insistente representa el deseo que logra su objetivo a través de obstáculos insuperables para impulsos más débiles.

La oración no es el ensayo de una mera actuación; ni es un clamor indefinido y generalizado. El deseo, mientras enciende el alma, la mantiene fija en el objeto buscado. La oración es una fase indispensable del hábito espiritual, pero deja de ser oración cuando se lleva a cabo solo por hábito. Es la profundidad e intensidad del deseo espiritual lo que da intensidad y profundidad a la oración. El alma no puede estar apática cuando un gran deseo la enciende y la inflama. La urgencia de nuestro deseo nos mantiene aferrados a lo deseado con una tenacidad que se niega a disminuir o aflojarse; se queda, suplica, persiste y se niega a soltar hasta que la bendición ha sido concedida.

«Señor, no puedo dejarte ir, hasta que una bendición Tú concedas; no apartes Tu rostro; urgente y apremiante es mi caso.»

El secreto de la cobardía, la falta de Insistencia, la carencia de valor y fuerza en la oración, reside en la debilidad del deseo espiritual, mientras que la no observancia de la oración es la señal temible de que ese deseo ha dejado de vivir. Esa alma se ha apartado de Dios cuyo deseo por Él ya no la impulsa a la cámara interior. No puede haber oración exitosa sin un deseo consumidor. Por supuesto, puede haber mucha apariencia de orar sin deseo de ningún tipo.

Muchas cosas pueden ser catalogadas y mucho terreno puede ser cubierto. Pero, ¿compila el deseo el catálogo? ¿Traza el deseo el mapa de la región a cubrir? De la respuesta depende el resultado de si nuestra petición es parloteo u oración. El deseo es intenso, pero limitado; no puede extenderse sobre un área amplia. Quiere pocas cosas, y las quiere con urgencia, tan urgentemente, que nada más que la disposición de Dios a responder puede traerle alivio o contentamiento.

El deseo dispara a un solo objetivo. Puede haber muchas cosas deseadas, pero son sentidas y expresadas específica e individualmente. David no anhelaba todo; ni permitía que sus deseos se extendieran por todas partes y no alcanzaran nada. Así es como sus deseos corrían y encontraban expresión:

«Una cosa he demandado a Jehová, ésta buscaré: que esté yo en la casa de Jehová todos los días de mi vida, para contemplar la hermosura de Jehová, y para inquirir en su templo» (Salmo 27:4).

Es esta singularidad de deseo, esta definición del anhelo, lo que cuenta en la oración, y lo que impulsa la oración directamente al núcleo y centro del suministro.

En las Bienaventuranzas, Jesús expresó las palabras que se relacionan directamente con los deseos innatos de un alma renovada, y la promesa de que serán concedidos: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados» (Mateo 5:6).

Esta es, entonces, la base de la oración que obliga a una respuesta: que un fuerte deseo interior ha entrado en el apetito espiritual, y clama por ser satisfecho. ¡Ay de nosotros! Es demasiado cierto y frecuente que nuestras oraciones operan en la región árida de un mero deseo pasajero, o en el área sin hojas de una oración memorizada. A veces, en efecto, nuestras oraciones son meramente expresiones estereotipadas de frases hechas y proporciones convencionales, cuya frescura y vida se fueron hace muchos años.

Sin deseo, no hay carga del alma, no hay sentido de necesidad, no hay ardor, no hay visión, no hay fuerza, no hay resplandor de fe. No hay presión poderosa, no hay aferrarse a Dios con una presión inmortal y desesperada: «No te soltaré hasta que me bendigas» (Génesis 32:26). No hay abandono total de uno mismo, como lo hubo con Moisés, cuando, perdido en las agonías de una súplica desesperada, pertinaz y que todo lo consumía, clamó: «Que perdones ahora su pecado; y si no, te ruego que me borres del libro que has escrito» (Éxodo 32:32). O, como lo hubo con Juan Knox cuando suplicó: «¡Dame Escocia, o muero!»

Dios se acerca poderosamente al alma que ora. Ver a Dios, conocer a Dios y vivir para Dios: estos forman el objetivo de toda oración verdadera. Así, la oración es, después de todo, inspirada para buscar a Dios. El deseo de oración se inflama para ver a Dios, para tener una revelación más clara, más plena, más dulce y más rica de Dios. Así, para aquellos que oran de esta manera, la Biblia se convierte en una Biblia nueva, y Cristo en un Salvador nuevo, por la luz y la revelación de la cámara interior.

Iteramos y reiteramos que el deseo ardiente —ampliado y siempre ampliándose— por los mejores y más poderosos dones y gracias del Espíritu de Dios, es el legítimo patrimonio de la oración verdadera y eficaz. El yo y el servicio no pueden divorciarse —no pueden, posiblemente, separarse. Más que eso: el deseo debe hacerse intensamente personal, debe centrarse en Dios con un hambre y sed insaciables de Él y de Su justicia. «Mi alma tiene sed de Dios, del Dios viviente» (Salmo 42:2). El requisito indispensable para toda oración verdadera es un deseo profundamente arraigado que busca a Dios mismo, y permanece insatisfecho, hasta que los dones más escogidos del tesoro celestial hayan sido concedidos rica y abundantemente.